

58.^a REUNION. CONTINUACION DE LA 4.^a SESION DE PRÓRROGA

PRESIDENCIA DEL DR. ELISEO CANTON

Diputados presentes: Acosta, Agote, Alvarez (J. M.), Anchorena, Avellaneda, Ayarragaray, del Barco, Beltrán, Bouquet, Bréard, Calderón, Calvo, Cárcano, Carlés (C.), Carlés (M.), Castañeda Vega, Castex, Cernadas, Correa, Cordero, Costa, Crouzeilles, Day, Echagüe, Escobar, Estrada, Etcheopar, Etcheverry, Ferrer, Fonrouge, Fraga, Frías, Galigniana Segura, García González, García Vieyra, Goenaga, González Bonorino, Guasch Leguizamón, Guevara, Hernández, Iriondo, Lacasa, Lassaga, Lavié, Lezica, López (M. E.), López (P. C.), López Mañán, Loza, Luro (P. O.), Luro (S.), Llobét, Méndez Casariego, Meyer Pellegrini, Molina (E.), Montes de Oca, Moreno, Moyano (R.), Mugica, Olivera (B.), Olivera (G. P.), Olmedo, Padilla (E. E.), Padilla (M. M.), Parera (F. M.), Paz (A. C.), Penna, Peña, Pera, Pérez Virasoro, Pinedo, Revilla, Roca, Rodríguez Jurado, Ruiz Moreno, Sosa Carreras, Terán, Varela, Vega, de la Vega, Vernazza, Vocos Giménez, Zambrano.—**Ausentes con licencia:** Bengolea, Candiotti, Gómez, Gonnet, Ortiz.—**Con aviso:** Bonifacio, Carranza, Conforti, Gallo, Garrido, Maza, Molina (M.), Oliver, Parera (R. A.), Paz (M.), Saavedra Lamas, Tenreiro.—**Sin aviso:** Alsina, Alvarez (A.), Arias, Bejarano, Freyre, García, Iturbe, Leiva, Lubary, Moyano (F. J.), Pinasco, Rivas, Santamarina, Serrey, Vergara.

SUMARIO N.º 58

1

Mensaje del Poder ejecutivo y proyecto de ley: **crédito suplementario** al ministerio de guerra por \$ 88.796.55 para el **pago** de cuentas correspondientes á ejercicios vencidos.

2

Mensaje del Poder ejecutivo con **observaciones á diversos proyectos de ley** sobre pensiones y jubilaciones.

3

Comunicaciones del Senado.

4

Constitución de la comisión de límites.

5

Diversas **peticiones particulares.**

6

Nombramiento de una comisión especial para el estudio de diversos proyectos de ley sobre **planes de enseñanza** primaria y secundaria.

7

Aprobación de las modificaciones del Senado en el proyecto de ley sobre organización de las **mesas receptoras de votos** para las elecciones municipales.

8

Continúa la consideración del despacho de la comisión de negocios constitucionales en el proyecto de **reforma de la ley electoral.**

Sr. Presidente—Se va á votar si se resuelve el nombramiento de la comisión y si se autoriza á la presidencia á designar los miembros.

—Se vota y resulta afirmativa.

Un señor diputado—¿De qué número de miembros se compondrá?

Sr. Estrada—Que sea de cinco.

Sr. Presidente—Habiendo asentimiento general, así se hará.

7

ELECCIONES MUNICIPALES

MESAS RECEPTORAS DE VOTOS

Sr. Carlés (M.)—Pido la palabra.

Ha venido modificado del honorable Senado un proyecto por el que se determina la manera cómo se ha de hacer el sorteo de los conjueces para las próximas elecciones municipales.

La única diferencia consiste en que esta cámara resolvió que el sorteo se hiciera entre los mayores contribuyentes, y el Senado ha agregado que sea también entre los que ejercen profesiones liberales.

El asunto es muy sencillo, y creo que no puede haber inconveniente en aceptar esta modificación.

—Se aprueba esta moción.

—El señor secretario Sorondo lee la siguiente comunicación del Senado:

Buenos Aires, noviembre 7 de 1911.

Al señor presidente de la honorable Cámara de diputados.

Tengo el honor de comunicar al señor presidente que el honorable Senado, en sesión de la fecha, ha considerado el proyecto de ley en revisión sobre organización de las mesas receptoras de votos para las elecciones municipales; y ha tenido á bien aprobarlo modificando el artículo 1.º en la siguiente forma:

«Artículo 1.º La junta electoral creada por el artículo 2.º de la ley 5091, procederá á elegir, previos los informes que estime necesarios, entre los mayores contribuyentes del municipio de la Capital y diplomados en las profesiones liberales, y que reúnan las demás condiciones

especificadas en el referido artículo 2.º, el número de personas que juzgue suficientes para cada sección para que proceda entre ellas al sorteo de las que han de componer las mesas receptoras de votos, de conformidad con lo dispuesto en el artículo 1.º de la ley núm. 3919.»

Dios guarde al señor presidente.

VICTORINO DE LA PLAZA.

Adolfo J. Labougle,
Secretario.

Sr. Presidente—Está en discusión la modificación introducida por el Senado.

—No haciéndose uso de la palabra, se vota si se acepta ó no esta modificación, y resulta afirmativa.

Sr. Presidente—Queda definitivamente sancionado el proyecto.

8

LEY ELECTORAL

Sr. Presidente—Continúa la discusión sobre el despacho de la comisión de negocios constitucionales.

Sr. Ministro del interior—Pido la palabra.

La sesión del lunes pasado fué una advertencia para mí. Sin ella, no me habría apercibido de que debía entrar en demostraciones que al principio no estaban en mis planes. Ahora comprendo que será necesario demostrar que el actual sistema electoral no está revestido por la autoridad de la Constitución de un carácter de intangibilidad, determinado y exclusivo, y que, aparte de él, caben otros igualmente conformes con nuestra carta fundamental.

Ninguna tarea podía ser más ingrata para mí: dará ella á este discurso cierto tono de cátedra que habría querido, con muy buena voluntad, evitar. Pero debo hacerlo; estoy bajo la necesidad de hacerlo. Diré por qué.

Miembro, para honra mía, de un gobierno que se propone afimar el imperio de las instituciones y encargado como ministro del interior de hacer efectivo este propósito en las costumbres electorales, mal comienzo fuera el mío, si en este primer acto, en este proyecto que trata de mejorar tales costumbres,

se descubriera que atacaba la Constitución ó que la interpretaba de una manera torcida.

Básteme esta explicación, por otra parte, para que la honorable cámara se dé cuenta de que, habiéndome apercibido de que corría el riesgo de esa censura, he hecho todo esfuerzo por no merecerla, y válgame también esta confesión sincera para que los señores diputados me oigan con confianza, sin ese escepticismo mordaz de que hacía gala en la sesión pasada, respecto de los que interpretan la Constitución, el señor diputado Varela. Lo confieso paladinamente: aspiro á que se escuche sin ese escepticismo, no mi discurso—ya que no los hago—sino las razones que tengo para demostrar que nuestra Constitución comporta otro sistema que el actual.

Es ésto lo menos que puedo esperar. Si no me es dado ambicionar que me presten su voto los señores diputados, puesto que cada uno conserva sus opiniones, y esta diversidad de criterio es uno de los encantos de la sociedad—y esta cámara es una sociedad cultísima, aunque reducida—al menos que se me escuche con benevolencia, sin esas aprensiones que se tienen ante aquel que es sospechado de hilvanar argucias.

El punto que hemos de estudiar es el capítulo 1.º, del título 1.º, de la sección 1.ª, de la segunda parte de la Constitución, que se ocupa de la formación de la cámara.

Llamo la atención sobre la particularidad de que sea precisamente en este capítulo que se encuentre el artículo en el cual se recomienda al Congreso, el expedir, como dice la Constitución, una ley general de elecciones. ¿Por qué la Constitución ha puesto este mandato respecto de un objeto legislativo, en este artículo precisamente y separándolo del artículo 67? Da mucho que pensar y meditar ésto, pero á mí se me ocurre que la mente ha sido, puesto que la ley de elecciones afecta principalmente la formación de la cámara, que prestara esa misma cámara el más detenido y esmerado estudio á la ley de elecciones. Le interesa, así como una cosa primitiva, puesto que de esa ley saldrá su composición.

Artículo 37, que es el primero del capítulo, consagra reglas que es necesario

analizar y clasificar. Se ocupa principalmente de la composición de la cámara: «La Cámara de diputados se compondrá»... dice textualmente... estableciendo al respecto que ha de estar formada por un número de representantes igual al cociente que resulte de la división de toda la población del país por 33.000; contándose el residuo como una unidad, si fuese superior á 16.500.

La segunda regla es que estos representantes procedan de las provincias, las cuales son consideradas como distritos de un solo estado, á los efectos electorales.

La tercera, que el voto sea directo, y la cuarta que ordena que el escrutinio sea á pluralidad de sufragios.

Las dos primeras reglas mencionadas no tienen relación alguna con el régimen electoral. Las únicas que se refieren á los modos de votar, son la que establece que el voto será directo y la que ordena que el escrutinio sea á pluralidad de sufragios.

Son, pues, tan sólo estas dos las que debemos analizar detenidamente. Pasemos á hacerlo: se ve que, en su tenor general, no hay un precepto positivo ni negativo respecto de sistema alguno. Pretender que estas dos reglas constituyan un sistema electoral, sería como afirmar que puesto un poste en Buenos Aires y otro en el Rosario, ya teníamos un telégrafo. Faltan todas las disposiciones complementarias, que son las que constituyen el sistema. La Constitución no ha hecho sino dar reglas á las cuales se acomodarían los sistemas.

Estudiemos de cerca esas reglas.

El voto directo. Su sentido explícito es claro, é implícitamente no contiene sino la proposición contraria: todo sistema de votos que no sea directo es un sistema contrario á la Constitución.

El análisis de la regla siguiente «á pluralidad de sufragios», es un poco más detallada.

Conviene tener presente que la Constitución establece dos reglas para las elecciones; por el artículo 81 la mayoría absoluta de los votos; por el 37 la simple pluralidad.

En el primer caso se elige para un solo puesto: el de presidente ó el de vicepresidente de la República, y como las funciones de estos magistrados son de gobierno, esto parece significar que

la Constitución entiende que cuando de actos de gobierno se trata, se necesitan las mayorías, y que éstas sólo se establecen por la mayoría absoluta de los sufragantes.

Pero, en el artículo 37, la Constitución habla sólo de pluralidad y se refiere á los puestos representativos, que no son uno como la presidencia, sino que son varios y por consiguiente se pueden dividir. Cabe, como se verá en seguida, por esta circunstancia, que una minoría sea la que obtenga los puestos, y de hecho en el régimen actual, así sucede.

Concurriendo varias agrupaciones y triunfando sólo la que tiene pluralidad, es esta minoría la que los obtiene contra otras, que sumadas entre ellas constituyen la mayoría sobre el total de la población, como lo hacía observar el señor diputado por Buenos Aires.

Y bien, en ese caso se ve que son las minorías las que triunfan por la regla de la pluralidad, de donde resulta que para los fines de la representación no es cierto que la Constitución sólo reconozca el derecho de las mayorías. Por consiguiente, los que han sostenido el principio de que nuestra Constitución impone su predominio absoluto inflexible é implacable cometen un error. Eso no está fundado en ninguna cláusula de la Constitución, que á la composición de esta cámara se refiera, ni en otra alguna.

Establecido así que la regla de la pluralidad no importa consagrar el imperio de las mayorías, conviene fijarnos en su simple sentido, que es puramente aritmético. La pluralidad de sufragio se ha de establecer por una mera operación de sumar; y en esta inteligencia la Constitución excluye todos los otros sistemas electorales que, para llegar á conferir la representación, fijan el resultado por una operación de dividir.

Es ahora el momento de hacer notar el alcance de la regla respecto del modo de producirse y escrutarse la pluralidad.

Hagamos abstracción de la ley electoral que nos rige, puesto que estamos en este momento discutiendo solamente el alcance de la regla de la pluralidad en abstracto. Pensemos sólo en la Constitución y en esta su regla esencial.

Imaginemos que estamos en 1912 y que se realiza la elección de diputados por la Capital. Está llamado el pueblo á elegir sus representantes en esta cámara y para que la hipótesis, en su cuadro, tenga mayor dignidad, mayor majestad, pensemos que estuviera vivo el general Mitre y fuera uno de los candidatos. Cada elector tiene un voto y nada más.

La capital tiene cien mil electores y concurren todos al comicio para votar cada cual por un solo candidato. No es de gran sagacidad prever que el general Mitre tendría cuando menos noventa mil votos y que los diez mil restantes se distribuirían desigualmente entre varios: veinte candidatos, supongamos. Vienen así las actas al Congreso. ¿Cómo se hace el escrutinio? Sumando, sencillamente; ¿dando la primera banca al general Mitre, y las demás, á los diez que hubieran obtenido mayor número de votos!

Se dirá que este resultado es monstruoso, que este resultado es anormal, y por eso, contrario á la Constitución. No; no es monstruoso ni anormal. Los resultados son desproporcionados numéricamente, pero proporcionados á la importancia de los candidatos y á la voluntad del pueblo. Quiere decir que en esa hipótesis, el general Mitre es representativo de la mayoría de las voluntades de la Capital, y los otros no lo son sino en proporción muy inferior. Es que la representación no es una ficción creada por las leyes; es que la representación es una relación de hombres: los ciudadanos, para ser representados en el parlamento, buscan aquellos que están en comunidad de opiniones, en comunidad de sentimientos, en comunidad de intereses con ellos. Por eso, una representación que concediera tan solo á una parte de los ciudadanos, es decir á una minoría relativa, el derecho de representar á las minorías que sienten, piensan y tienen intereses opuestos á ellas, sería contraria á la razón, contraria á la naturaleza.

La hipótesis, pues, cabe dentro de la Constitución. La elección imaginada sería válida, y el escrutinio se haría á simple pluralidad de sufragios.

Ahora; modifiquemos la hipótesis y para que el cuadro se anime más, haga-

mos concurrir no sólo al general Mitre, sino al doctor Irigoyen y á Carlos Pellegrini... ¡Lástima que la evocación, por cariñoso que sea el recuerdo no tenga fuerza suficiente para volverlos á la vida!... Están ellos dirigiendo sus partidos: el general Mitre, tiene de los ciento diez mil votos de la capital, cincuenta mil; el doctor Pellegrini cuarenta mil; el doctor Irigoyen veinte mil. ¿Pretendería acaso, el general Mitre, representar á todos los demás con el pretexto de que la Constitución excluye á las minorías? ¿No cabe en lo justo, no cabe en lo patriótico, no cabe en lo noble que los tres jefes se entendieran y, aun sin entenderse, comprendieran que á sus respectivos partidos no les corresponden bancas sino en la proporción de sus sendas fuerzas? De este modo los electores del general Mitre sufragarían solo por cinco candidatos; los del doctor Pellegrini por cuatro y los del doctor Irigoyen por dos. Pues bien: en estas condiciones pasa la elección al escrutinio que se hace á pluralidad de sufragios, atribuyendo cinco bancas al que ha tenido mayor número de votos, que tiene más electores; cuatro al que le sigue inmediatamente, y dos al que ha tenido el menor número. ¿Es esta hipótesis contraria á la Constitución? Absolutamente cabe dentro de ella.

Pero vengamos al sistema actual, á la ley de 1873, que, con pequeña interrupción, es la que hasta ahora subsiste.

Hagamos aquí sólo un supuesto: que la elección es pura; que el comicio no ha sido violentado; que no ha habido fraudes ni maniobras y que los escrutinios son respetuosos del resultado de las urnas. Dados nuestros hábitos de indisciplina, ninguna dificultad existe de que, en el grupo mayor, los candidatos postergados tengan menos votos que los candidatos preferidos de los grupos inferiores y entonces, podría perfectamente resultar que concurriendo los tres partidos con listas de once candidatos cada uno, el resultado fuera éste: que el grupo mayor tuviera sólo una parte de las bancas; el grupo segundo otra parte y el tercero la parte menor. Esto cabe dentro del sistema actual; estos hechos se pueden producir dentro de él y si he de creer á personas que

dicen tener mayor experiencia que yo en estas cosas, el hecho ha ocurrido entre nosotros.

¿Cómo se haría el escrutinio en ese caso? Convirtiendo las listas completas de candidatos de cada partido en listas incompletas de elegidos.

Por los hechos y las operaciones del sistema actual, se vé como la lista incompleta sale del funcionamiento de la lista completa; y si la lista completa está dentro de la Constitución, un resultado que está dentro de ella no puede estar fuera de la Constitución. La lista incompleta está dentro de la Constitución. Eso es evidente.

—El señor diputado Agote hace alguna observación en voz baja, y dice el

Sr. Ministro del interior—Si tiene alguna objeción que hacer el señor diputado...

Sr. Agote—No, señor ministro; se le escucha con placer, aunque no estamos convencidos todavía.

Sr. Ministro del interior—Es el escepticismo del señor diputado Varela. Había pedido que cuando menos se me escuchara sin ese escepticismo, pero ya veo que la introducción ni para eso ha sido útil.

Sr. Agote—Le escuchamos con mejor disposición de ánimo de lo que el señor ministro cree.

Sr. Ministro del interior—Se lo agradezco; continuará.

Sr. Costa—Deseaba hacer una pregunta al señor ministro.

¿Todos esos resultados se producen por medio de acuerdos políticos?

Sr. Ministro del interior—No; por ningún acuerdo.

Sr. Costa—Pero la hipótesis es que se produzcan por medio de acuerdos, porque si no, no se realizarían.

Sr. Ministro del interior—La única que se puede realizar por acuerdo es la segunda de las hipótesis, en el caso de votar los partidos en la forma indicada; pero con este otro sistema, que cabe dentro del actual, esos resultados se obtienen sin acuerdo de ninguna especie.

Sr. Costa—¿Y cuando las dos minorías tienen igual número de votos?

Sr. Ministro del interior—Ese es un punto sobre el cual me detendré luego; pero, por el momento no puedo entrar en detalles, desde que estoy haciendo una exposición de carácter general.

Había, pues, llegado á establecer que en la entraña misma de la lista completa actual está la lista incompleta, si el sistema es practicado con lealtad.

¿Cuál es la razón por que estos resultados no se obtienen? Porque el sistema actual tiene una grandísima deficiencia, y es que no ha sabido por sanciones precisas asegurar á las minorías lo que no les niega. No les niega la posibilidad de hacerse representar, pero no les ha dado la consagración legal de esta posibilidad.

La lista incompleta consiste, precisamente, en consagrar tal posibilidad de hecho por una sanción legal. Las minorías votarán y el escrutinio se hará reconociéndoles su representación en esa forma.

Este es, pues, el alcance de la regla de la pluralidad de votos, practicada con sinceridad.

Se me dirá y dicho ha sido ya, que contra esta manera de ver la Constitución, se opone otra regla de ella misma; la regla del distrito.

En cuanto á dicha regla implícitamente significa que cada elector debe tener tantos votos cuantas bancas correspondan al distrito. ¿No es eso?

Esto ha dicho en el discurso de ayer. Por eso lo anoto y lo examino.

Y bien; vamos á estudiar si es cierto que la regla del distrito da á cada elector el derecho de votar por tantos diputados cuantos corresponden al mismo.

Si así lo hubieran entendido los congresos anteriores aquel que hizo el primer sorteo ordenado por la Constitución lo habría hecho por distritos y no por bancas. Si lo hubiera hecho por distritos en cada renovación, cada elector habría tenido el derecho de votar por todos los representantes correspondientes al distrito. Habiéndolo hecho por bancas, cada elector sólo puede votar por aquellas que á su distrito ha adjudicado el sorteo, habiéndose producido este resultado; San Luis vota por su diputación íntegra; de manera que la renovación de sus representantes en el Congreso, en vez de ser bienal es curial.

Para estas provincias, el sorteo produjo otros resultados. En ninguna, con excepción de Salta al presente, se hace elección por mitades, cada dos años.

Sr. Crouzeilles—En Santa Fe.

Sr. Ministro del interior—Salta y Santa Fe.

Sr. Estrada—Y Jujuy.

Sr. Ministro del interior—Muy bien. Tenemos pues, Salta, Santa Fe y Jujuy. En todas las demás varía de todos modos.

Hago esta observación, no por simple humor, sino porque tiene gran importancia.

¿Puede llamarse á este resultado anómalo, inequitativo, inconstitucional, contrario á la libertad, porque no da á cada uno lo que la ley le acuerda? No, señor. Todas estas objeciones se han hecho contra la lista incompleta. ¿Por qué no se hacen contra este sistema? Porque los sistemas, en su aplicación tienen que resignarse á los hechos, que son la suprema ley.

No se juzga de la bondad de un sistema, porque no se haya aplicado de una manera absoluta y uniforme. No se juzga de la bondad de los ferrocarriles, porque no estén ya en todo el territorio de la República; han ido á donde el progreso ha permitido que lleguen. Lo mismo son los sistemas: se aplican allí donde pueden ser aplicados; y la falta de aplicación de ellos por imposibilidades de hecho son estímulos precisamente, para llevarlos más adelante; estímulo para el que puede llevar y estímulo para el que puede recibir, porque así éste progresará hasta ponerse al alcance de esa institución que hoy no lo beneficia.

No vale, pues, ese argumento, y si me he detenido en él, es porque hay muchos defectos en la lista incompleta, que yo habré de reconocer, y deseo que no se traiga éste, que no significa absolutamente nada. He querido quitar esta mala hierba del terreno de la discusión futura, dejando despejado el campo del debate.

No es cierto, pues, que exista regla alguna por la cual los electores tengan tantos votos cuantas sean las bancas que correspondan al distrito. No lo entendió el Congreso de 1862 al hacer el sorteo, no lo entienden actualmente los señores diputados que están ocupan-

do esas bancas en virtud de ese sorteo. Y el primer Congreso, el que dictó la ley del 57, que estableció el sistema, ¿qué es lo que dijo? ¿Dijo, acaso, que cada elector tenía tantos votos cuantas bancas correspondían al distrito? No. Ha dicho, apenas, que tendría tantos votos cuantos fuesen los diputados designados en la convocatoria, lo que es cosa muy diversa. Disposición previsorá por otra parte, por lo que respecta á las vacantes accidentales.

¿Hay que llenar una sola vacante, en un solo distrito? La convocatoria dice que se elige así, y entonces, los electores no tienen más que un voto. En la elección siguiente, ó al año siguiente, ó en el mismo año, poco después: ¿hay dos vacantes? Pues esos mismos electores, esa vez, tendrán dos votos para las dos.

Este es el sentido de la ley, en el sistema actual.

Y si la ley del año 57 estableció el número de votos en esa forma, y si el Congreso que hizo el sorteo lo estableció también, de manera que ha dado los resultados que antes he indicado, ¿por qué el Congreso, en una ley actual, no podría decir que el número de diputados por que debe votar cada elector es el tercio de lo que corresponde á la convocatoria, ó el cuarto ó el quinto? El derecho es el mismo y el Congreso no tiene por qué abdicar de él.

Por consiguiente, en las reglas de la Constitución que acabo de examinar, nada hay que se oponga á que se pueda determinar por ley el número de bancas que se han de dar, aunque no sea el que corresponda al distrito.

Epilogando la demostración anterior, resulta, pues, que no hay sino dos reglas establecidas por la Constitución, relativas al voto, y que sobre todos otros puntos, la Constitución guarda absoluto silencio. Nada dice sobre si el voto ha de ser público ó secreto; nada dice sobre si el voto ha de ser obligatorio ó libre; nada dice sobre si ha de ser uno ó plural, simple ó acumulativo; nada dice sobre la organización del comicio, ni sobre su duración, ni sobre la manera de recibir los votos, ni sobre la manera de verificarlos; nada dice tampoco, como lo acabo de demostrar, sobre el modo de agruparlos, con el objeto de establecer cómo, cuándo y en qué con-

diciones se ha de realizar la pluralidad del sufragio.

Y hace bien la Constitución de no establecerlo, de guardar silencio sobre estos puntos. La metodización de todos estos puntos constituye un sistema electoral, y los sistemas electorales de los pueblos corresponden no á la Constitución, ó más bien dicho, los medios que tienen los pueblos de elegir sus representantes corresponden, sí, á las constituciones respectivas, pero como tema no como sistema. (*Muy bien! Muy bien!*)

Como tema, la Constitución declara lo esencial, lo fundamental, lo que quiere que dure y sirva de guía. Como sistema, es el Poder legislativo el que tiene en sus manos eso. Porque los sistemas electorales, como todos los sistemas, educacionales, financieros, etc., deben ser dúctiles á las exigencias de la opinión, que cambia con las circunstancias de tiempo, de personas y de lugar. (*Muy bien!*), y estar librados á la sabiduría del Congreso, para que él pueda, tratándose de cosas electorales, ocurrir, en el momento preciso y oportuno, á la salud de la democracia, según sea el mal que le aqueje. (*Muy bien! Muy bien!*)

No es cierto que la Constitución tenga un sistema cerrado, cristalizado, determinado, contra el cual nosotros nada podamos sin reformarla. (*Muy bien!*) Y es lo cierto que depende de la sabiduría del actual Congreso dar la ley que, á su ilustrado juicio, el pueblo necesita para gozar plena y absolutamente de todos sus derechos. (*Muy bien! Muy bien!*)

No es exacto, pues, que la Constitución sea muralla de bronce contra la cual se estrellan todas las iniciativas, y es cierto que, obra previsorá, obra de genio, comporta en este punto varios sistemas.

Si los señores diputados me han hecho el honor de atenderme un poco y de creer en la sinceridad de mis convicciones, participarán algunos de mis ideas; otros no: no he esperado, ni podría atreverme á esperar, alcanzar con el poder de mi palabra el supremo triunfo de allanar de golpe todas las oposiciones; pero confío en que la demostración que acabo de hacer, cuando menos, desmontará á los más intransi-

gentes de su dogmatismo y les hará aceptar la duda discreta, la duda razonable, ó cuando menos una duda elegante. Con que duden, me basta.

Es constitucional el sistema actual. Si es constitucional, ¿por qué se le cambia? Esta es otra demostración que no habría hecho á no ser la sesión pasada. Pido á la cámara me disculpe esta nueva demostración árida.

El sistema actual contiene disposiciones que, puedo decirlo ahora, si hubieran funcionado sanamente, hoy nuestra democracia no se encontraría en el lamentable estado en que se encuentra. El sistema—antes lo he demostrado—no veta la posibilidad de que minorías concurrentes obtengan bancas en proporción de su número en una elección dada.

¿Por qué no ha de funcionar este sistema? Hábitos antiguos—quizá sus remotas manifestaciones las encontraríamos en el Paraguay, en los tiempos de Irala—han venido obrando en nuestro país. El gobierno no es una función que se desempeña como un mandato, satisfaciendo así una exigencia, que es la razón de la constitución de los poderes públicos y de la existencia de la sociedad misma; se ha desempeñado, al contrario, para satisfacción de los gobernantes. Se ha considerado el gobierno como un objeto que se posee. En lugar de sentimientos de patriotismo, impersonales y desinteresados, el gobierno despierta apetitos de posesión; las oposiciones, desde tiempos muy remotos, han ido á las elecciones, hechas con el objeto de la renovación de los poderes, no como un partido que quiere hacer avanzar sus ideas y llevarlas á los cuerpos constituidos, para que sus ideales triunfen y se conviertan en leyes ó en actos de gobierno. ¡No! Han ido como asaltantes que buscan el despojo; y entonces los gobernantes se han defendido con armas iguales.

Este estado de costumbres llegó á la época en que se dictó la ley del 57. Con esas costumbres empezó á practicarse la ley; y mirad, señores, el camino recorrido desde entonces! Movidos los partidos en esa forma hemos tenido el comicio sangriento, en los tiempos en que el pueblo todavía tenía interés para ir á los comicios. El horror al comicio sangriento en las ciudades, hizo que se re-

nunciara á él; pero tuvimos la escaramuza de la vispera, cerca de los atrios ó en los alrededores de las ciudades para que no concurrieran los adversarios á votar.

Estos modos resultaron también brutales; la conciencia pública los repudió; y entonces vinieron las maniobras fraudulentas en los comicios; luego estas mismas fueron substituidas por la venalidad. Después, estos mismos sistemas, repudiados y condenados, fueron apartándose, y ha quedado, en cambio, algo peor que todo esto: ha quedado el actual estado de cosas.

No culpo á nadie. Guardaré toda la moderación, toda la reserva, toda la discreción de que dió ejemplo el general Mitre, en una circunstancia en que tuvo que aludir también á lo mismo. Había sido designado candidato para la presidencia de la República. Aceptó por un momento esa candidatura, creyendo que llevando á la investidura presidencial su gran autoridad moral, el país habría salvado esa crisis. Poco después pudo observar que no era posible que realizara este ideal y renunció diciendo que lo hacía «por dificultades que están en las cosas más que en las personas».

Todo lo que él vió desde su alta posición, con su experiencia, su inteligencia y su grandeza de alma, no lo sé. Mi posición es muy inferior: yo veo poco, veo sólo la cuestión electoral.

Este estado de cosas no depende ya de las personas; hay gobernantes que desean modificarlo y que no lo pueden conseguir.

Está en las instituciones provinciales, está en las leyes provinciales, está en todo el derecho administrativo de provincia. Todo esto que viene estableciéndose desde antes, ha creado esta red de funcionarios de jefes políticos, jueces de paz, comisarios, todas las policías, funcionarios en cuya conciencia está impreso este primer mandamiento: ¡no dejarse ganar las elecciones! (*Muy bien! Muy bien!*)

Ese es el actual estado de cosas. Ese estado no está en la mano de este Congreso remediarlo directamente, sino por acción de inducción; y os puedo decir, señores, que desde la posición que ocupo, noto á la distancia los efectos de esa inducción y que si esta ley es sanciona-

da es muy posible que esos efectos sean plenos y completos.

Ese estado de cosas es el que ha nacido del sistema actual aunque no por falta intrínseca de él. Ya he demostrado que más bien tiene ventajas; la única imperfección a reprocharle, es la que he dicho: no ha sabido garantizar, con una prescripción clara de la ley, los resultados que dentro de ella están contenidos.

Ese estado de cosas, efecto de esa ley, bajo otro orden de ideas, ¿qué resultados da? ¿Cuál es la situación de nuestra democracia? ¿Cuál es la condición de nuestra vida pública? El espíritu cívico está muerto; nuestra democracia es nula; el pueblo no vota. Hay poderes constituidos, sin embargo; hay gobiernos en las provincias y en la Nación; hay Congreso y legislaturas, compuestos todos de hombres distinguidísimos, y sin embargo, la democracia, el pueblo tiene cierta decepción y desabrimiento respecto de este Congreso, tan dignamente compuesto. ¿Por qué? Porque no ha sido elegido en comicios sanos, sino por un sistema ya corrompido y desfigurado.

¿Ese estado de cosas puede quedar? He ahí por qué el Poder ejecutivo ha querido que se modifique. Y no lo quiere él solo, señor presidente. En una ocasión solemne, entonces candidato al actual presidente de la República, manifestó que su propósito, de ser elegido, era garantizar el derecho electoral, sanear los comicios, asegurar a las minorías aquella representación que la Constitución no les deniega. Esa promesa, en otros términos significaba esto: abolición del sistema actual.

El movimiento electoral, se inició. El pueblo había recogido esos mismos conceptos y propósitos y con ellos inició el movimiento; y en las elecciones de 1910 salió elegido presidente quien los había pronunciado, porque los pronunció y para que los cumpliera.

Así, entre el presidente de la Nación y la Nación misma quedó concluido desde ese momento un compromiso de honor y de patriotismo, cuyas cláusulas son las mismas de la promesa que no se puede repudiar. Por eso he venido en nombre del Poder ejecutivo, a pedirle su voto a la cámara para que permita

abolir el sistema antiguo y reemplazarlo por el que el Poder ejecutivo cree conveniente establecer.

Shakespeare en «César» por boca de Antonio, dice, con un pesimismo cruel: «El bien que los hombres ejecutaron se entierra con ellos: sólo vive el mal que hicieron».

Del sistema actual no quiero decir eso. Vive el mal que hizo, y vivirá todavía, no obstante la reforma, pero vivirá poco. Quiero reconocer que viva también el bien que hizo. Lo he dicho hace un momento respecto del Congreso actual y debo reconocerlo en una vista histórica, mirando los congresos desde el 57; porque, como lo ha observado con elocuencia el señor diputado Avellaneda, los hombres más representativos del país vinieron a su seno.

Es cierto; esos hombres eminentes vinieron a este Congreso, pero no vinieron por la virtualidad del sistema; vinieron, ¿sabéis cómo? Una anécdota explicará todo mi pensamiento y toda la situación.

El señor don Félix Frías, después de la fama, la gloria y el amor de sus conciudadanos, que obtuvo a raíz de una misión famosa, fué elegido diputado. Amigos suyos que respetaban la alta integridad de su carácter, le dijeron: «Pero, señor, ¿cómo acepta un diploma venido de tales comicios?». Lo que en el fondo de su conciencia sintió el señor Frías, no es fácil saberlo; su respuesta fué ésta: «No he preguntado cómo he sido elegido, ni quiero saberlo; sólo sé que si mi pueblo hubiera votado en libertad, el elegido hubiera sido yo».

Muchos de esos hombres eminentes habrán tenido probablemente que hacer igual gesto desdeñoso ante el método con que fueron elegidos, sabiendo en el fondo de su conciencia que siempre hubieran sido ellos los elegidos.

Entonces no es éste un mérito del sistema. Muchos de esos hombres eminentes vinieron porque en un momento dado eran miembros de los partidos dominantes, ó porque a esos partidos, por una razón cualquiera, les convenía que esos grandes hombres figuraran en el Congreso.

No es el haber traído hombres eminentes al Congreso el único elogio que pudiera hacerse, aún con las reservas expresas que he hecho, al sistema actual.

El ha contribuido a la formación de las clases conservadoras del país. En este Congreso, en las legislaturas de provincias, se han formado las clases conservadoras del país. Aquí, en el Congreso, ha estado la voluntad, la energía para resistir a todos los embates de la anarquía, de la revolución, del desorden. ¡Muy bien! ¿Por virtualidad propia del sistema? No. Esa virtualidad corresponde a todos los sistemas—fijese en esto la cámara—corresponde a todos los sistemas en los cuales el candidato a diputado pasa por métodos de selección que permitan designar a los más dignos.

La misma razón explica también cómo es que la calidad de los elegidos fué siempre superior.

Así, pues, si queremos que las clases conservadoras se encuentren siempre representadas aquí, y si queremos que este Congreso sea una base incommovible de la formación de esa clase representativa, es menester que no nos separemos de los sistemas que permiten esa selección.

Esos congresos tienen otro mérito del punto de vista político, sin hacer mención de que votaron un ferrocarril ó un puerto, ó de que hicieron adelantar el progreso material del país, y es que han hecho progresar, avanzar, han consolidado la idea y el sentimiento nacional. De este Congreso, más bien dicho en este Congreso, ya en el Paraná, ya en Buenos Aires, en el Congreso argentino, en una palabra, es donde se ha anidado para no ser desalojado jamás el sentimiento de la unidad nacional. En todos los momentos de conflicto ese sentimiento ha salido de aquí, donde está la reunión de todas las fuerzas necesarias para hacerlo imperar. Este es otro mérito de este Congreso, pero no le corresponde tampoco por virtualidad propia del sistema actual, sino que corresponde también por igual a todos los sistemas, según los cuales la representación del pueblo no procede de pequeñas circunscripciones, donde imperan los intereses locales, con menoscabo de la alta idea, del noble sentimiento de la unidad nacional.

Por eso, con sabiduría, ha dicho la Constitución en esta parte: las provincias son consideradas como distritos electorales de un solo estado. Federal en todo, federal en sus tendencias, federal en la organización del Senado, ha querido ser unita-

ria en la organización de la Cámara de diputados. Las provincias dejan de ser consideradas como entidades autónomas: son consideradas como distritos electorales de un solo estado; y, así, el sentimiento de la unidad nacional tiene en este Congreso, en esta Cámara de diputados particularmente, su defensor, su guardián, su fuerza más poderosa. Defendámonos también entonces, señores, de aquellos sistemas que desmiembran la representación, corriendo peligro de disminuir el sentimiento nacional, poniéndole los sentimientos locales. Y he ahí la razón de por qué, teniendo que elegir entre sistemas, el Poder ejecutivo ha puesto de lado aquel que ofrecía el grave peligro de no dar el lugar de honor a esa idea nacional, que es nuestro sentimiento más profundo y nuestro honor.

Bien; he explicado no solamente por qué ha llegado el momento de cambiar de sistema, sino que he procurado hacer toda la justicia a los bienes que el sistema nos ha producido, pero anotando con toda energía los males que nos causa.

Esos males son, para decirlo en una palabra, la muerte del espíritu cívico, el anonadamiento completo de la democracia argentina.

¿Es que existe la democracia argentina? ¡Absolutamente nó! ¿Y cuál es sin embargo el mandato principal de la Constitución? Pues que exista esa democracia y se la organice debidamente, puesto que nuestro sistema reposa sobre la democracia representativa.

Nuestro sistema es representativo, republicano, federal: representativo primero que todo.

¿Podría organizarse la democracia? Este punto lo contemplaré en seguida. Por el momento creo que ha llegado el caso de que explique la reforma proyectada en sus líneas generales.

Seré muy breve, parte porque ya he abusado bastante de la atención de la cámara... («Nó!, nó!», en las bancas)... parte porque el discurso del señor diputado Fonrouge me exime en mucho de esta tarea, y parte porque estando en la discusión general huelgan los detalles.

¿Cuáles son los medios?

No he buscado mi inspiración en los libros. He procedido de una manera práctica al presentar al excelentísimo señor presidente las ideas que adquirí

respecto de los medios de remediar este mal.

¿Cuál es la situación que se ha de mejorar?...

Hay tres grandes males en el país del punto de vista electoral: la abstención de los ciudadanos, la maniobra fraudulenta en el comicio, la venalidad que hace perder la conciencia de ciudadano al elector. Y una cuarta dolencia constitucional, que es fuente, origen de todas las otras: que el pueblo no elige; quien elige es ese estado de cosas, ese mecanismo, esa máquina de que ya se ha hablado.

Estos males hay que remediarlos.

Para la abstención, señores diputados, ¿qué remedio hay? No conozco más remedio que la obligación compulsiva. Se dice que el remedio de la abstención es la calificación del voto. ¿Pero, señores, si los abstendidos son precisamente los calificados! ¿Querer remediar la abstención de los calificados por la calificación, es calificar la abstención, pero no sacar á los abstendidos de su retraimiento! (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

El remedio de las prácticas dolorosas, de las maniobras fraudulentas en el comicio, es una cosa sencilla, es un procedimiento. ¿La supresión de la venalidad? Remedios directos, inmediatos, tópicos, no hay sino éste: poner en manos del que se vende la facilidad de redimir su propia falta burlándose del comprador, dejando á éste en situación de no poder saber si el dinero que pagó por un voto, tuvo ó no el efecto que se propuso.

Es el que se ha propuesto, aparte de las penas.

Y el cuarto mal: la acción de esa máquina, de ese estado de cosas electoral que es el que produce las elecciones, ¿cómo se remedia? Ya lo dije: el remedio no está en manos de los poderes federales... No hay sino uno: el ejemplo.

El gobierno nacional ha declarado que no intervendrá en elecciones, que no habrá un solo diputado elegido, no digo ya por medios oficiales, pero ni siquiera por una indicación indirecta. Se ha tachado de imprudente esa declaración, diciendo que los gobiernos necesitan tener diputados. Será imprudente; pero antes de la necesidad de que los gobiernos tengan diputados, existe la

necesidad de que el pueblo haga sus diputados. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

El presidente de la República ha hecho esa declaración. Esa declaración es un acto de voluntad, y para que ese acto de voluntad alcance toda la energía, todo el valor de un ideal nacional, es menester que obtenga la colaboración y la cooperación del Congreso. El día que los dos poderes políticos del Estado digan firmemente así ha de ser, no os quepa duda, señores, de que, por inducción, esa será la voluntad de todos los poderes constituidos en todo el país. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

El otro medio es éste. Voy á hablar con la más cruda verdad. Estoy expresando mis sentimientos ante hombres, ante hombres como yo. No hay alusión en lo que he de decir; no hay recriminación de ninguna especie. Es en vano quejarse de la enfermedad; lo necesario es curarla.

Pues bien, señores diputados, ni la lista incompleta, ni la lista completa, ni la circunscripción, que son los tres sistemas que se debatirán, tienen en sí fuerza ni virtualidad suficiente para destruir ese mal.

Sr. Ayarragaray—Ahí entra en buen terreno el señor ministro... Así me gusta verlo.

Sr. Ministro del interior—Y bien, ¿cómo se hace? ¿Se saca la espada, como Alejandro, y se corta el nudo gordiano? Pasó el tiempo de los Alejandro... La política no es la violencia; la política no es el arrebato. ¿Va á intervenir el gobierno de la Nación para descomponer la máquina? ¿Jamás! El gobierno de la Nación no intervendrá por eso. ¿Qué debe hacerse, entonces? La cuestión es sencilla. Podrá ser criticada por cualquier consideración que se quiera, pero no hay otro remedio que esté dentro de las posibilidades actuales.

Puesto que el mal es que esa máquina da el producto de todas las diputaciones, y esto es lo que se quiere evitar, hagamos, pues, que no produzca todas, que produzca sólo una parte. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*) La otra se deja á los partidos que no forman parte de la máquina, y cuando ellos hayan producido esa parte y venga aquí á esta cámara ese número de diputados, y cuando en la renovación siguiente venga del mismo

origen otro número igual de diputados, esos cuarenta ó cincuenta congresales que existirán en este recinto en 1914, yo digo, señores, que imprimirán á esta cámara un espíritu tan diverso... digo, señores, que atraerán para esta cámara tal simpatía de sentimiento público, que este congreso no podrá jamás ser tocado, sin que el pueblo diga: Soy yo mismo el que ha sido tocado! (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

He aquí, señores, por qué se propone este sistema como corrección del mal.

Está dicho todo; este es el sistema, en pocas palabras. Se prestará á la crítica; está bien. En la sesión siguiente, discutiremos todos sus defectos; pero que se me presente un sistema tan bueno como éste y tan apto como él para curar los males de la actualidad.

¿Y qué efectos, qué resultados espera el Poder ejecutivo alcanzar y producir en el país, una vez que esta ley haya sido sancionada y que el pueblo la practique?

El primer resultado será que el pueblo vote, y el pueblo votará. Existirá la obligación, que hará salir á los abstendidos...

Sr. Peña—¿Desea un cuarto intermedio el señor ministro?

Sr. Ministro del interior—No; voy á concluir muy pronto; muchas gracias.

...que hará salir á los abstendidos de su retraimiento; después este otro resultado, que es una gran fuerza en política y sobre el cual llamo la atención de los señores diputados. No se entra en política sino con una esperanza de triunfo; la esperanza de triunfo es la fuerza que mueve á los hombres; platónicamente nadie es político. Los éxitos tienen que ser no aparentes sino reales. Es menester que en el comicio se triunfe para que el pueblo concorra á él ó á lo menos que se tenga la esperanza razonable de triunfar. Imponerle al ciudadano, en la vida política, la obligación de producir un acto y decirle al mismo tiempo: ese acto es estéril, no ofrece esperanza de triunfo, es imponerle el más ingrato de los deberes. Es necesario darle al ciudadano la previsión y la esperanza del éxito. Eso es lo que se conseguirá por medio de la lista incompleta.

La vida pública en las provincias se retemplará en el acto en que estas segu-

ridades sean conocidas; y entonces vendrá el despertar cívico.

Otro resultado: será posible la formación de partidos populares.

He oído decir que no; y hay también quien piensa que nuestra historia parece demostrar que existe en el pueblo argentino una especie de incapacidad ingénita de infecundidad para formar partidos. No lo creo, señores. Creo que entre nosotros no se han formado partidos ó los que se formaron fueron de vida precaria, porque no se puso la simiente en terreno fecundo. Sembraron la simiente del partido en las antenas de los gobernantes, que son de estéril ladrillo; no la plantaron en el terreno del comicio, que es campo fecundo y lleno de vida.

Es en el comicio donde deben formarse los partidos; si no se han formado allí, es porque no ha habido libertad. Veremos si se forman ó no. Yo digo que se formarán.

Hasta hoy, si tienen alguna interpretación exacta estos sentimientos de desabrimiento y decepción del pueblo, no pueden tomarse sino como el llanto de la hija de Jefté, que lloraba su virginidad perdida. La democracia argentina tiene entrañas capaces de concebir un partido, si se le deja concebirlo en libertad.

El día que la democracia sea libre, los partidos se formarán,—de eso no me cabe la mínima duda,—y una vez que los partidos se hayan formado, no en las antenas de los gobernantes, sino en el alma del pueblo, ¿cuál será la actitud del gobierno ante ellos? ¿Serán partidos de gobierno, y el gobierno será gobierno de partido?

Dejadme, señores, descartar todo lo que sea prematuro en esta cuestión. Bueno es contemplarla. Los hombres de gobierno deben contemplar todos los problemas en la lejanía; pero no deben hacer declaraciones ni manifestaciones de opinión prematuras.

Las opiniones de los hombres, en ciertas posiciones, son compromisos que pesan en el futuro, y por eso no deben darse sobre hipótesis.

Descartado esto, dejadme decir mi opinión sobre la actualidad.

Se formarán los partidos. Puede temerse esto por exacto y cierto. Sea cual fuere el partido que se forme y las condiciones en que se forme y el avance

que haga en las posiciones de gobierno, mientras el actual presidente de la República ocupe su puesto, ningún partido dispondrá de los medios oficiales para influir en los partidos. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos en las bancas y en las galerías.*)

Un solo empleado público, concurriendo a los comicios por mandato del gobierno, destruiría todos los propósitos de mejorar las costumbres electorales. Un gobierno que tiene bajo sus órdenes cincuenta mil empleados, en un país donde la vida cívica es tan poco enérgica debe abstenerse, si quiere que el pueblo asista a los comicios. ¡Eso sucederá!

Las veces que he declarado que no hay partido oficial, he querido decir que ninguno puede contar con la colaboración directa ni indirecta del gobierno para triunfar en los comicios. (*Aplausos.*)

¡El comicio, de hoy en adelante, es de todos! (*Aplausos.*)

Y bien: organizados esos partidos, y con su correspondiente representación en esta Cámara de diputados, porque eso es lo interesante (sobre todo a mí, que envidio el calor de las bancas que ocupáis, comparadas con este duro asiento que ocupo), y una vez sentadas aquí las diversas agrupaciones y denominaciones, se planteará para los miembros del Poder ejecutivo, el rudo, el aspero problema de formar con esta diversidad la fuerza necesaria para hacer marchar el gobierno.

¿Cómo se procederá entonces? ¿Cómo ejerceremos el gobierno con el consentimiento y el concurso de las voluntades libres? El problema existe en todos los países civilizados, y lo resuelven sus gobiernos de diverso modo.

No puedo tener la pretensión de establecer reglas; acaso no me será dado practicar mi idea. Sólo puedo decir una cosa, y es la siguiente:

De la constitución inglesa se ha dicho que es «made by gentlemen, for gentlemen». Conozco la cámara. He sido diputado muchos años. La he seguido siempre, y tengo para mí que cuando el caso se presenta todo procedimiento compatible con la dignidad de los caballeros, todo procedimiento que respete el honor de los hombres, hará que esos hom-

bres se unan entre ellos para el bien del país. Y así se organizarán mayorías sobre la base de lo que tiene de más noble, de más sólido, de más ancestral el carácter argentino. (*¡Muy bien!*)

Termino, señores. Cada día tiene su tarea. Este gobierno no ha detenido la obra de un solo ferrocarril; no ha detenido la obra de un solo telégrafo; los puertos siguen trabajándose; iniciativas de progreso se difunden en todas direcciones; se trata de ensanchar la red de toda clase de caminos; se construyen escuelas en cuanto lo permiten los recursos; se ha aumentado el área de los cultivos; la tierra, con el favor de una estación propicia, nos promete una cosecha extraordinaria; mayor número de niños asisten a las escuelas; mayor número de estudiantes a las facultades; todas las tareas recomendadas al gobierno por un joven y elocuente diputado, todas se realizan.

Para él, sólo eso es lo interesante. La tarea política de devolver su vida a nuestra inerte y desmayada democracia él la dejaba para las calendas griegas. Sin embargo, esa también es tarea de este gobierno. No es posible educar al pueblo, enriquecerlo, y al mismo tiempo negarle el derecho de votar. Es menester que vote y que concurre a la formación del gobierno para asegurarse todos esos beneficios, y no solamente para asegurárselos, sino para sentirse también parte consciente en la producción de esos beneficios de que goza.

Por eso el Poder ejecutivo ha creído que también con las otras era ésta una tarea del día, la de regenerar nuestras costumbres electorales. Por eso nos hemos puesto, señor presidente, en esta obra, después de haber pateado años y años en el pantano de las malas costumbres cívicas; hemos querido levantar un puente que lleve al pueblo a un porvenir mejor. En esta tarea estamos, y créanme los señores diputados que es una amarga pesadumbre para un viejo, que en este momento haya una voz que diga: queremos quedar pateando en el mismo fango, y esa voz sea de jóvenes.

¿Cómo es posible entonces que no vuelva uno la vista y llame al cóndor para que baje y con un golpe de ala disipe las confusiones que por un momento empezaban a perturbar a los hombres y remonte nuevamente su vuelo seña-

lando el camino del porvenir? (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Prolongados aplausos en las bancas y en la barra.*)

Pero se me dirá ese camino, ¿es seguro? Tomar un rumbo del porvenir es siempre difícil é incierto. Nadie tiene la precencia. Es siempre una opción entre dificultades. Pero, señores, si la despreocupación de todo interés de partido, de todo interés personal; si el amor al pueblo, si el deseo de asegurarle la libertad y el ejercicio de sus instituciones, son fuente de inspiraciones acertadas, puedo, señores, decirlos: sí, el camino es seguro; por él marcharemos hacia lo mejor con paso firme y decidido.

He dicho. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Prolongados aplausos en las bancas y en la barra.*)

Sr. Roca.—Pido la palabra.

No obstante la posición desventajosa que comporta hablar después de oír la palabra prestigiosa y elocuente del señor ministro del interior, la situación de divergencia en que me encuentro con algunas de las ideas y de los propósitos que persigue el Poder ejecutivo y que él ha defendido en su nombre, me habilitan a mí, simple soldado, a proceder, como lo haría en el campo de batalla, haciendo puntería sobre el general en jefe ó los altos oficiales superiores. Lo hago ahora, señor presidente, porque, enemigo del discurso como instrumento parlamentario, el método y la lógica del señor ministro del interior han de suplir mis deficiencias para acompañarlo en el camino que él con tanto brillo ha recorrido.

Me ha parecido justo, preciso, cierto, su punto de partida. Es absolutamente inatacable su concepto respecto del alcance de las prescripciones constitucionales. La Constitución es, por definición, obra de constituyentes, nunca es la obra del legislador; en ninguna de sus cláusulas ella ha bosquejado siquiera las leyes que han de regir la vida de la Nación; tampoco podía hacerlo tratándose de la ley electoral, la más cambiante, por definición, de todas las que puede darse un pueblo libre.

Si ha dictado ciertas prescripciones que han de servir de molde, de tema a todos los sistemas electorales que se dicten en virtud de la autorización de sus cláusulas, ha sido porque era nece-

sario consultar el carácter especialísimo de nuestra organización política, asegurando a las provincias que constituyeron la Nación, la garantía de ciertas reglas que no pudiera eludir el legislador. Por eso ha establecido la regla del voto directo; por eso ha establecido la regla de la pluralidad de votos; y por eso ha establecido la prescripción de que cada provincia será considerada como distrito electoral de un solo estado.

Las divergencias empiezan con el alcance, con la interpretación que el señor ministro ha dado a algunas de esas prescripciones. Siguiendo su método, me referiré ante todo a la de la pluralidad del sufragio.

El señor ministro del interior, con la habilidad parlamentaria que le es característica, nos ha hecho desfilan, en forma de un verdadero miraje, combinaciones de cifras, para demostrar que, dentro de los términos de la Constitución, está consagrado el principio de la representación de las minorías.

Habría tenido plena razón el señor ministro si hubiera podido demostrar que el voto emitido por un ciudadano en el comicio, que el voto emitido en el sentido de que su representante sea otro ciudadano, tuviera algún alcance negativo y no el alcance afirmativo de su voluntad de que tal ciudadano sea el representante del pueblo de su provincia. Así, pues, en el sentido de la afirmación de esa voluntad, no hay tal régimen de minoría. ¿Por qué? Porque los que obtienen el triunfo son el mayor número de los que se agrupan, de los que se condensan, de los que coinciden en una misma voluntad, y así, la voluntad del mayor número, es decir, el imperio del régimen de la mayoría, es la expresión primaria del sistema electoral argentino, implantado por la Constitución.

No me bastaría mi autoridad propia, que es bien escasa, si no hubiese sido ya objeto de la acertada interpretación de distinguidos juristas, para poder afirmar que al decirse en la Constitución nacional que las provincias se consideraran como distritos electorales de un solo estado, lo que ha querido decirse es que se respetará la entidad «provincia» en su jurisdicción, en su característica territorial. Y que al establecer la división del territorio de la República, ya

fuera bajo el régimen del sistema de lista ó bajo el sistema uninominal, no habrán de agruparse fracciones de una provincia con fracciones de otra, destruyendo la entidad histórica, la entidad nacional, que forma la nacionalidad argentina. (*Muy bien*)

Eso es lo que ha querido decir, señor presidente, la Constitución; la que, como la legislación de otras naciones, reconocen dentro del sistema electoral que las rige, el mismo respeto por sus divisiones históricas. Así, por ejemplo, en Francia, al proyectarse el sistema de representación de lista, se respetó la entidad tradicional de los departamentos franceses, estableciéndose que cada uno de ellos constituye por lo menos la base de una representación.

Es cierto también, señor presidente, que a la vez modifican y atenúan su sistema de lista, con esta prescripción felicísima, de que carece nuestra ley electoral: la de impedir que las grandes agrupaciones del territorio, las divisiones regionales é históricas acumulen bajo una sola denominación representaciones tan numerosas que puedan alterar el equilibrio político del parlamento de que forman parte; y así los grandes departamentos, cuya población les acordaría una representación numerosa, se dividen en fracciones más pequeñas para la aplicación del sistema de lista.

He fijado este punto de partida como condición esencial para derivar de él mi plena concordancia con el sistema llamado de elección uninominal por circunscripciones, que encuadra, á mi juicio, dentro de la prescripción de la Constitución nacional, como autoriza á afirmarlo el hecho de que haya sido ley de la Nación, el hecho de que en virtud de sus prescripciones haya estado compuesta la mitad del Congreso argentino y se haya elegido presidente de la República.

He afirmado hasta este momento mis divergencias con el señor ministro del interior. Me ha llegado el momento de afirmar mis concordancias, y lo he de hacer con tanto más placer, cuando que la auspiciosa política que él acaba de afirmar en el tono, con el acento de una voluntad inquebrantable, no puede dividir á los hombres bien intencionados de este país, cualquiera que sea la orientación política que los agrupe ó separe.

Es necesario, señor presidente, modi-

ficar el sistema electoral vigente; es necesario abandonar el régimen de lista. Es necesario abandonarlo, porque es un régimen anacrónico, que no tiene antecedentes en nación alguna de la tierra, porque no es cierto siquiera que el sistema de lista que nosotros practicamos, sea el sistema de lista que rige en otras naciones de Europa.

El sistema de lista ha podido estar en el espíritu de los contribuyentes argentinos, porque dada la población del país en la época en que se dictó la Constitución, era posible que encuadrara dentro de las exigencias ineludibles de todo sistema de representación.

No es necesario hacer una incursión en los dominios del derecho histórico para percibir cuál es el alcance, cuál es el significado de este vocablo: *sistema representativo*. Es evidente que la voluntad de la Nación se refleja en el seno de sus parlamentos, pero que se refleja no como un mandato á determinada persona para administrar bienes ajenos, sino como expresión de la voluntad de la Nación en todos los momentos.

Para que un sistema representativo pueda ser calificado de tal, es necesario como condición primera que el elector pueda conocer al elegido. Y bien: dentro del sistema de lista tal cual se practica entre nosotros, es materialmente imposible que el elector, aislado de las campañas ó de los pueblos, pueda conocer en los distritos de representación numerosa, á todos sus elegidos.

La Francia, al proponer la reforma de su régimen actual de circunscripciones, en el último proyecto que está á la consideración de su parlamento, establece como criterio de la reforma el imperio de esta regla fundamental: que todo el sistema electoral debe referirse á una lista lo suficientemente reducida para que todos los electores puedan conocer á todos los elegidos.

No necesito comparar, señor presidente, las diferencias de cultura, de información de todas sus clases populares con relación á las muestras, y de la campaña especialmente, para ver cuán indispensable será la adopción en nuestro caso de un criterio aún más restringido. Ahora bien, en ese proyecto se establece que el máximo de nombres que una lista puede contener para realizar ese propósito, es el de cinco.

Dentro de nuestro sistema tenemos listas que comprenden hasta treinta nombres. Es materialmente imposible, que el elector argentino de la provincia de Buenos Aires ó de la Capital de la República, pueda conocer ni á la mitad de los ciudadanos por los cuales va á votar.

El régimen de lista bien pudo haber sido la voluntad del legislador á principios de la organización nacional. Basta referirme á las prescripciones de la Constitución nacional, para ver que entonces la provincia que tenía mayor representación, la de Buenos Aires, que comprendía á la Capital, elegía sólo doce diputados; la seguía en su número de representantes la provincia de Córdoba, con sólo seis, y ninguna de las otras tenía más de cuatro representantes. El sistema de lista, realizaba entonces para aquel número de representantes, para aquella división territorial, la condición indispensable á que acabo de hacer referencia.

La población del país, el desenvolvimiento extraordinario de ciertas regiones de su territorio, han cambiado fundamentalmente el problema, lo han modificado hasta el extremo de comprometer el equilibrio político de la República, y más aún, hasta el extremo de que es indispensable, por una razón política ó histórica superior, modificar el sistema electoral que hoy forma la Cámara de diputados.

En su reemplazo el Poder ejecutivo ha propuesto el sistema de lista incompleta. Reconozco la absoluta sinceridad de propósitos que ha animado al Poder ejecutivo; reconozco algunas de las ventajas indiscutibles que tendrá en su aplicación ese sistema. Es indudable que desde su primera aplicación surgirán representantes de las disidencias políticas en la Capital y en las provincias argentinas, disidencias que calificarán y prestigiarán al Congreso argentino. Pero no estoy de acuerdo con todos los méritos que le atribuye el señor ministro del interior.

Si es tópico el que necesita nuestra masa electoral para substraerla á la acción de leyes envejecidas y caducas, el tópico va á resultar de efectos distintos de los que se imaginaba el señor ministro.

Por el sistema de la lista incompleta, que por la acción mecánica traería al Congreso argentino representantes de las disidencias de las provincias, cualquiera que sea la calidad, la capacidad ó el número de los que las constituyen, se va á tener un efecto parecido á la aplicación del opio en el Extremo Oriente: va á inmovilizar la acción de esas mismas oposiciones al garantizarles de una manera mecánica, automática, una representación que no les costará ningún esfuerzo, en lugar de imponerles, como lo hace la lista íntegra (que en esto es superior á la lista incompleta) y como lo hacen también las circunscripciones, la ineludible necesidad de dar la batalla á fondo haciendo el máximo del esfuerzo para conquistar en lucha contradictoria el primer puesto que su adversario pretende quitarle.

Sí, señor presidente; este tópico de la lista incompleta necesita la aplicación de otro procedimiento terapéutico. y tal es la respiración artificial por medio del voto obligatorio.

Ya no es un tópico, sino un remedio mecánico, remedio que no va á curar al enfermo, sino que le conservará la vida mientras sea aplicado, pero que le dará la muerte inmediatamente de suspender su aplicación. (*Risas.*)

Por mi parte, creo que hay que recurrir á otra clase de medicación: hay que estimular la vida en todas las regiones del organismo: hay que fomentar la circulación activa desde la cabeza hasta los pies, y eso no puede crearlo y no lo ha creado históricamente en nuestro país más régimen que el régimen de las circunscripciones.

Un espectáculo que rara vez ha presenciado la ciudad de Buenos Aires, fué el de la noche de la primera elección que se hizo bajo el imperio del régimen de las circunscripciones. Había una expresión unánime é inconfundible de júbilo en toda la población de la Capital, que por primera vez, después de muchos años, veía una elección disputada por millares de ciudadanos, en que el triunfo acusado en el comicio por votos reales, venales ó no, expresaba la voluntad de la mayoría de las respectivas circunscripciones: una lucha sin incidentes sangrientos y sin fraude, en que obtuvo la victoria el más presti-

gioso, hábil é ingenioso en la defensa de los intereses comunes.

Sr. Estrada—No; fué porque gastó más.

Sr. Roca—Hemos visto el régimen de la lista poco tiempo después y no ha sido más barato que el régimen de las circunscripciones. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Grandes aplausos.*)

Sr. Estrada—Jamás hasta entonces se habían comprado votos en la Capital de la República.

Sr. Padilla (E. E.)—¡Ya se había introducido el veneno!

Sr. Presidente—¡Ya era viejo! (*Risas.*)

Sr. Varela—No se compraban votos, porque se tomaban sin pagar. (*Risas.*)

Sr. Estrada—Y en la Capital ha sucedido también que algún partido derrotase al gobierno, como lo hizo el radical en el año 94.

Sr. Roca—No he sido yo quien lo ha dicho. Ha sido un adversario del gobierno que propuso el sistema de las circunscripciones y que sostenía que el voto se pagaba porque el voto valía, cuando en otra época bastaba con volcar el padrón firmando un acta de elección fraguada de antemano!

Sr. Varela—¡Ese sí que era un sistema barato!

Sr. Estrada—Traje el recuerdo para demostrar al señor diputado que la sangre no circulaba en toda la República, sino tan sólo en la Capital.

Sr. Costa—Ahora todas van á ser capitales.

Sr. Roca—La sangre circuló en todo el organismo.

Sr. Carles (M.)—Y dígame, para honor del gobierno que presidió esa elección, debe hacerse justicia: fué la primera vez que opositores al gobierno derrotaban listas ó candidatos amigos de él! (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Estrada—No era la primera vez.

Sr. Roca—Más tarde, circuló en la provincia de Santa Fe, donde no sólo fué derrotado el candidato sostenido por el sentimiento radical de aquella ciudad, doctor Lisandro de la Torre, por un prestigioso ciudadano vinculado al gobierno de la provincia, sino que circuló en Salta, donde era derrotado el propio hermano del gobernador, por el señor Aniceto Latorre.

Sr. Estrada—Porque se desbordó el río.

Sr. Roca—Esos son cuentos.

Circuló en Tucumán, donde el ministro de hacienda de la provincia, renunciante hacía pocos días, era derrotado por un caudillo de la oposición, el señor Manuel Paz; circuló por La Rioja, donde hacía muchos años que no se veía una elección en que votaran diez mil ciudadanos, obteniendo cinco mil y pico de votos el actual senador Carreño y pocos votos menos el señor Anacarsis Lanús. Circuló en muchas otras partes del territorio, señor presidente, que no recuerdo en este momento.

Sr. Estrada—Es mejor que no lo recuerde.

Sr. Luro (P. O.)—Eso fué en una sola elección.

Sr. Roca—Circuló en ese primer ensayo, y ya se presumía lo que iba á circular más tarde, cuando se apresuraron tanto á derogar la ley. (*¡Muy bien!*) Es que esa ley de tener un ensayo más, hubiera alcanzado un éxito tan completo, que no hubiera habido hombre público tan osado para pretender arrancarla de la voluntad del pueblo de la Nación. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Prolongados aplausos en las galerías.*)

Era necesario evitar ese segundo ensayo.

Cuando se inició, señor presidente, en el seno de la comisión de negocios constitucionales el estudio del proyecto del Poder ejecutivo, respondiendo á una honrosa invitación de su presidente, señor diputado Fonrouge, asistí desde el comienzo á sus deliberaciones. Allí el señor ministro del interior bosquejó en nombre del Poder ejecutivo, los propósitos fundamentales de la reforma. Tuve entonces oportunidad de proponerle, ya que, á mi juicio, realizaba en una forma acabada y completa los propósitos del Poder ejecutivo, la conveniencia de que éste hiciera toda su puntería en la reforma de la ley actual, dejando que espontáneamente se agruparan las simpatías y las preferencias respecto de la ley que había de reemplazarla, convencido de que si eso ocurría, el régimen de la circunscripción, de mis indiscutibles preferencias, obtendría la mayoría de los sufragios en la Cámara de diputados.

No sé, si mis presentimientos serían equivocados, ó si el ala del cóndor, al ba-

tir los vestigios de inclinaciones funestas é inconvenientes, ha podido arrancar también algún girón de las preferencias y de las simpatías espontáneas de los hombres. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

No quiero creerlo. No voy á hacer argumentos de política partidista—y en esto me anticipo á la vez á un argumento que ha de hacerse valer en el debate—pues ¿por qué no decirlo, si no existen los partidos argentinos, si no existen los partidos tradicionales, si todos los hombres estamos confundidos? El adversario de ayer es el amigo de hoy. En la deliberación diaria de la cámara sería muy sagaz el que pudiera perfilar las disidencias partidistas por la palabra, ó por el voto de los señores diputados. Más: en la mayoría de las gestiones, salvo aquellas que comprometen las disciplinas locales, la representación misma de las provincias se divide al infinito. En este propio debate los hijos de Buenos Aires, de Córdoba, de Santa Fe, de Entre Ríos, venidos por la voluntad de un solo partido ó por la de diversos partidos, están todos dispersos. ¿Y qué partidos, son estos, que tratándose de una cuestión fundamental de política, de una cuestión que significa nada menos que el abandono del sistema electoral tradicional de la república y la adopción de un sistema que según los impugnadores de la reforma, compromete principios esenciales de la Constitución argentina, qué partidos son estos que no se mueven? ¿qué partidos son estos que no vienen á tomar en el Congreso por medio de sus legítimos representantes la intervención que les corresponde y á definir una voluntad que á la vez sea un programa de su bandera política?

No! Es que los partidos políticos, los tradicionales, los partidos gobernantes, están dispersos ó han desaparecido! Los que existen son los que se están formando allí abajo, los que están elaborando la voluntad política de mañana; los que no ha tomado en cuenta en su revista al señor ministro del interior; los que tienen su opinión en todas las cuestiones y tienen sus rumbos en todos los asuntos; los que saben lo que quieren y á donde van, los partidos que van á vernos á exigir á las puertas de este Congreso la reforma ineludible, inostergable de nuestra legislación social. Son los partidos á los cuales cerrará la

puerta por mucho tiempo el sistema de la lista incompleta, tan nocivo en este concepto como el sistema de la lista íntegra. Son los partidos que han tenido su representación en el seno del Congreso, cuando ha imperado el régimen de la circunscripción y que no volverán á ser sentidos en el Congreso sino bajo el imperio del régimen de la circunscripción.

Somos, señor presidente, uno de los países de legislación más avanzada de la tierra. En todas las manifestaciones de la actividad tenemos las leyes más perfectas. Hay una cuestión sin embargo, en la que estamos en un incuestionable retardo: es en materia de legislación social y este retardo tiene por razón primera de ser la falta de representación de esta tendencia, de esta necesidad, por los instrumentos, por los órganos de los hombres que se han agrupado bajo una determinada bandera, en el seno del Congreso argentino.

El sistema de la lista incompleta, que no consulta todas las opiniones, porque en la eventual disidencia sólo aparece la representación de dos de ellas, excluye por definición todas estas formas de manifestación de la voluntad popular, formas perfectamente legítimas que traerían la contribución de un factor necesario, indispensable, para la elaboración de la obra de la legislación ulterior.

El sistema de la lista incompleta, señor presidente, no va á formar partidos. No habrá partidos de oposición que se formen con el exclusivo halago de tener en el mejor de los casos cinco ó seis representantes en el Congreso de la Nación por una provincia determinada.

Lo que va á fomentar la lista incompleta, contrariando las legítimas aspiraciones del señor ministro del interior, es una especie de sociedades filiales, de partidos hijos del gran partido gobernante, partidos semisoberanos, que tendrán designado su sitio en el reparto ulterior de las bancas, sin cometer por eso la felonía de ser miembros del gran partido gobernante y disfrazarse bajo ese título; pero serán las agrupaciones que más se aproximen al partido gobernante y que tendrán por amparo de la ley un sitio, una posición, una representación en el Congreso.

Sr. Fonrouge—Habrá que disputarla en los comicios, sin embargo.

Sr. Varela—La herencia de los hijos naturales. (*Risas.*)

Sr. Roca—Bien, señor presidente. Estoy abusando demasiado de la atención de la cámara...

Varios señores diputados—  No, no!

Sr. Roca—... y me siento   la vez un poco fatigado.

Sr. Peña—Podríamos pasar á cuarto intermedio.

Sr. Roca—No vale la pena; voy á terminar.

El sistema de la circunscripción realiza,   mi juicio, la forma más perfecta de representación.

La representación política es, por definición y por esencia, un mandato. El mandato, bajo el sistema actual, bajo el sistema de la lista incompleta, presentar  esta singular anomalia: que votando el pueblo entero de una provincia, hoy por una parte de su representación y mañana por otra, desde que el ciudadano expresa dos veces su voluntad, producirá dos elecciones de resultados contradictorios.

En el régimen de la circunscripción, que puede hacerse perfecto, inatacable, si se establece en su ley la prescripción de que ningún ciudadano podrá votar más de una vez cada cuatro años, es decir, que el ciudadano que haya votado por un representante en su circunscripción, no podrá votar ni en esa ni en otra hasta que haya terminado el período de ese representante, se obtendrá la expresión perfecta del mandato. Cada ciudadano tiene en Fulano de Tal su mandatario en el Congreso de la Nación; cada ciudadano le ha dado individualmente   un miembro del parlamento su sufragio para que lo represente   él y represente al pueblo de la Nación.

El régimen de la circunscripción tiene, además, el prestigio, la bondad indiscutible de ser la expresión, la representación de todas las modalidades, de todas las maneras de ser, de sentir y de pensar de la Nación. Es y será en la práctica como una inmensa proyección que reflejará de la proyección individual y parcial de cada miembro del organismo, la representación perfecta, gráfica, indiscutible de toda la vida, de todo el pensamiento de la Nación. (*  Muy bien!   Muy bien! Aplausos.*)

No habrá tendencia política, inclinación doctrinaria, diferencia religiosa, verdad   error que no est n representados en el seno del Congreso argentino. Así, señor presidente, el parlamento será la verdadera expresión del pensamiento nacional; y no tengo duda de que en este concepto jams  han de faltar de su seno las primeras personalidades, las primeras mentalidades de la República, con la ventaja indiscutible de que la sancion del esfuerzo, la vinculación directa del elegido con el elector, ha de darnos algo que muchas veces no hemos tenido la dicha de tener—dicho sea sin reproche ni agravio para nadie—la independencia plena en el desempeño del mandato constitucional.

He dicho. (*  Muy bien!   Muy bien! Aplausos en las bancas y en las galerías.*)

Sr. Ayarragaray—Pido la palabra.

Sr. Ferrer—Pido la palabra.

Sr. Presidente—La ha pedido antes el señor diputado Cárcano.

Sr. Ferrer—Voy   hablar contra el proyecto en general. Ahora se está discutiendo en particular.

Sr. Presidente—No, señor diputado.

Sr. Ferrer—Permítame. Se ha sostenido la reforma de la ley electoral por el señor ministro; y el señor diputado por Córdoba también ha sostenido la reforma electoral. Difieren únicamente en el sistema; pero en el fondo, uno y otro han sostenido la reforma de la ley.

Sr. Roca—Exactamente; y me complace la oportunidad que me brinda el señor diputado de afirmar mi plena concordancia con el Poder ejecutivo, en la reforma de la ley electoral.

Sr. Padilla (E. E.)—Es lo que ha establecido la cámara en la manera de hacer la discusión.

Sr. Ferrer—Lo que por el reglamento corresponde es tratar el proyecto en general.

Sr. Varela—Se convino este sistema en vista del despacho de la comisión.

Sr. Presidente—La presidencia entiende que habiendo dejado absoluta libertad en el uso de la palabra   los miembros informantes y al señor ministro, no debe coartarla para los otros señores diputados.

Tiene la palabra el señor diputado Cárcano.

Sr. Cárcano—Este debate, señor presidente, se desenvuelve en la serena altitud de las tradiciones luminosas del parlamento argentino. Cada orador, con sus salientes cualidades subjetivas, ha contribuido á formar ya un conjunto nutrido é irradiante de información, de doctrina, de enseñanza, y de patrióticos anhelos.

Tranquilo, minucioso, abundante de razones y noblemente inspirado, el señor diputado Fonrouge; metódico, hon-do, franco y sincero, penetrante y neto como un golpe de martillo, el diputado Avellaneda; llano, familiar, atrayente de facilidad y sencillez, tocando con raro acierto puntos fundamentales de política y derecho, el diputado Varela; con su admirable equilibrio, su tacto seguro, su medida, su concepto claro y frase transparente, el diputado Roca. Y como brillante coronación de esta construcción mental de luz tranquila é intensa, la elocuencia moderna y dominadora del señor ministro del interior.

Se comprende mi retraimiento. Necesito, sin embargo, expresar sinceramente los puntos principales de vista que deciden de mi voto. Y sin hábitos de memoria ni de redacción improvisada, espero la excusa de la cámara si en algún instante tengo necesidad de recurrir á mis apuntes, en obsequio de ella misma, para conservar la concisión y orden de mi breve razonamiento.

Cuando se medita la cuestión que se discute, como punto de partida, ocurre la misma pregunta que formulaba el señor ministro del interior.

¿Por qué se reforma la ley electoral?

Porque el desarrollo de los intereses y de las ideas, el mejoramiento de las prácticas institucionales, la conciencia, la inspiración, la buena fe, sugieren é imponen la reforma. No es la voluntad de un hombre; es la obra asociada de gobierno y pueblo; el impulso de la vida colectiva, los dolores de la experiencia, el sentimiento de la paz que se consolida por la libertad política, la enseñanza permanente de la historia, la gravitación de todos los factores sociales. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Hemos manejado el sufragio universal como un mecanismo automático y no como un organismo viviente. Cincuenta años de unanimidad en la urna.

Triunfe el gobierno ó triunfe la oposición, ha triunfado siempre la unanimidad. Hemos visto contiendas armadas, pero propiamente no hemos visto luchas electorales. El candidato oficial ha suprimido la disputa en el comicio, y la ausencia de disputa, ha convertido el comicio en una función administrativa.

Han caído los gobiernos, se han restablecido, reemplazado, renovado, y en el movimiento, no ha prevalecido el impulso sincero del voto libre. Es verdad que han pasado por el parlamento los hombres más eminentes del país, que han llegado á la presidencia de la Nación esclarecidos ciudadanos, de las ideas políticas más opuestas y de los conceptos de gobierno más distintos, pero estos hechos son la expresión de circunstancias especiales, la descomposición, reacción y evolución de las fuerzas gobernantes; las concesiones, los cálculos, las complacencias oficiales; la voluntad personal y dominante, sobre la voluntad popular dominada é impotente. Habrá hombres y momentos de excepción, pero ellos no constituyen la pulsación normal del organismo. Apenas se cuentan, casi como una extravagancia, las revelaciones inexperadas del sufragio independiente; el comicio abierto á todas las ambiciones, la controversia ardiente de los candidatos, los electos revestidos de todas las energías y entusiasmos populares.

No es este el espectáculo ordinario. Lo habitual es la displicencia cívica; la falta de inscripción, el abandono del voto, la proporción mínima del elector sobre la población capaz de elegir, el retraimiento y el excepticismo, la carencia de fe pública, de confianza, hasta de esperanza en los resortes legales del comicio, de manera que cada elección acusa siempre una abstención. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Cuando se clausuran todas las puertas, se aprietan todos los tornillos, y se ajustan todas las válvulas, estalla la caldera. El anillo de contención cede siempre al empuje de la potencia expansiva. Cada diez años, como el sacudimiento fatal de una ley cósmica, como el término de un precepto de resignación moral, la rebelión ha conmovido y desgarrado á la República. Sangre, prisiones, proscripciones, procesos judiciales, riqueza, comercio y trabajo pa-

ralizados, todo ha sufrido este país de vigores colosales. El indulto y la amnistía, el perdón y el olvido, el más noble y generoso sacudimiento del alma argentina, restablecía inmediatamente la fraternidad nacional, pero en la paz y en el trabajo y en medio de la fiebre de los negocios y en el seno de la cordialidad común, recomienza la preparación y explosión de la violencia próxima.

Al través de todos los fracasos y dolores, la rebelión persiste. Es la protesta viva y renovada contra los sistemas electorales, los procedimientos electorales, las costumbres electorales.

En la política militante se ha producido un hecho nuevo en nuestra historia, digno de la meditación del estadista. Después de veinte años existe en el país un partido orgánico, popular, exaltado y pujante, que ha levantado la libertad de sufragio como bandera, y proclamado francamente la revolución como único resorte para conquistar sus ideales. Cuando no se ha batido en la revolución, ha estado preparando la revolución. No procedía por una simple pasión, porque hubiera sido transitoria; ni por una especulación, porque hubiera transigido. Procedía por una convicción sincera y profunda, denunciada por una actitud lógica y continua, aunque extraviada y extrema. Durante un cuarto de siglo, el gobierno y la Nación han vivido venciendo a la rebelión estallada, ó temiendo a la rebelión por estallar.

Y bien, señor presidente, un sistema electoral y una política, que aleja al ciudadano del comicio y arma el brazo de la violencia, es un mal sistema y es una mala política.

No responsabilizo de la situación a ningún partido, a ningún gobierno, a ningún hombre. Lo contrario no sería juzgar serenamente. Los pueblos se desenvuelven conducidos por motores colectivos y a veces anónimos, dentro de leyes tan fijas como leyes de gravitación universal. Podemos no percibir la ley, pero no por eso la ley deja de cumplirse.

Nosotros cumplimos la conocida ley de la evolución progresiva, rápida y sólidamente. Cada presidencia de la Nación ha llenado su misión histórica, orgánica é institucional, avanzando sin cesar. Se derroca la tiranía y se afirma la

Constitución; se constituye la unidad y se reorganiza la República; sucumbe la última montonera y se abaten los trapos locales; se funda la Capital y se domina el desierto; encima de todas las potencias políticas se eleva la autoridad presidencial; se solucionan las cuestiones internacionales y se fijan las fronteras definitivas; los ferrocarriles pobladores toman posesión efectiva de los territorios despoblados, expuestos hoy más que nunca a las sorpresas de las codicias extranjeras. ¡Muy bien! ¡Muy bien!

Después de medio siglo de esfuerzos incansables, de hondas amarguras y de altas satisfacciones, sólo le quedan pendientes a la República dos grandes problemas políticos: la práctica leal del sufragio libre y la ciudadanía para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino.

Antes de honrar con la ciudadanía, dentro de nuestra democracia, necesitamos garantizar el voto libre sin el cual no hay democracia.

El viejo instrumento de la lista completa, más que por los defectos de su estructura, está gastado por el uso y deformado por el abuso. No puede ser eje del gobierno representativo. Será muy fácil su manejo, pero es muy difícil su tolerancia. Ha llenado su momento y ahora está fuera del quicio. Nuestra democracia exige un instrumento nuevo. El ensayo de la lista uninominal, ya muestra la elaboración lenta y segura de la reforma; se sienten la persistencia de otras tendencias, de otras orientaciones, de otros anhelos. Cambiar de sistema electoral es no sólo cambiar la política, es hacer en esta hora crítica la única política que la Nación reclama; la política del desarme, que elimina la abstención y la rebelión; que incorpora todas las fuerzas militantes a la vida electoral; la política de coparticipación y concordia; de libertad, sostenida por la paz y buena fe. ¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.)

Resuelta la reforma, ¿qué sistema asegura mejor el sufragio efectivo y no el sufragio aparente?

No hay, a mi juicio, que perturbarse, buscando una fórmula que conserve ó produzca los partidos políticos. Hoy no son ya la necesidad y condición del gobierno libre. Los partidos son la conjunción de intereses é ideas, que

vinculan a los hombres por el esfuerzo común. La vida moderna, el desarrollo enorme del pensamiento, de la riqueza, de la conciencia individual y colectiva, han complicado la dirección y acción contemporáneas. Todos los factores se han multiplicado, diferenciado, dividido y contradecido. Los partidos se han transformado en grupos y los grupos en fracciones. Las ideas generales á veces ocasionan la gran asociación, pero bajando la escala, las ideas secundarias y los procedimientos rompen la unidad. Es por eso que hoy no existen en el mundo los grandes partidos ni los gobiernos de partido. Desde Inglaterra hasta España, desde Estados Unidos hasta Chile y Brasil, únicamente se agita y prevalece la política y gobierno de coalición. No se encuentra lo que antes veía Voltaire en los partidos ingleses, aquellos dos viejos robustos, amantes ardientes, celosos y encarnizados, que disputaban la misma dama.

En la actualidad, sólo en la coalición se alcanza la reconcentración de fuerzas y la visión de triunfo. La política y gobierno de coalición ha substituido a la política y gobierno de partido.

Nosotros no hemos escapado y no podemos escapar a la misma ley. Se acentuará más en nuestro país, donde las ideas políticas son los hombres, y los partidos desaparecen con sus jefes ó caudillos. El partido de la confederación muere con Urquiza; el autonomista desaparece con Alsina; el liberal no resiste a la formal abstención de Mitre; el radical se divide cuando Alem se elimina; el nacional se transforma y dispersa cuando Roca se retira de la acción.

Los partidos no se forman, ni conservan, ni desaparecen por leyes ó decretos. No son un resultado legal; son productos de estados colectivos, y entonces el mejor sistema electoral será el que mejor refleje en las asambleas gobernantes los diversos estados de la opinión. Los estados en su aplicación electiva y externa, serán fracción, grupo, partido ó coalición, según la intensidad de las fuerzas de asociación y cohesión, móviles y dominantes.

La representación proporcional, el más científico y por eso el más justo de los sistemas inventados, asocia a todos los electores al ejercicio real de la soberanía popular, pero desgraciada-

mente no encaja en los moldes de la Constitución.

La lista uninominal carece de base fija y sólo reposa sobre contingencias. Puede representar la simple mayoría, cuando la mayoría de electores es uniforme y general; puede representar la simple minoría, cuando son varios los candidatos y crecida la abstención. El ensayo frugal, que realizó la República, bastó para condenar aquel sistema. Fuera de la Capital, de control tan poderoso y vivaz: quizá también alguna otra excepción admitida sin análisis, la circunscripción como el escrutinio de lista, mantiene el monopolio del comité, sofoca la libertad del elector, oculta bajo un respeto aparente el desprecio real de la voluntad pública, y perpetúa en el comicio la tradicional unanimidad.

No puede despertarse al pueblo de la República é incitarlo a la acción cívica, ofreciéndole un instrumento que ya le mantuvo en la abstención. Falta la confianza, y la desconfianza significa el retraimiento. ¡Muy bien!

La lista incompleta tiene la eficacia y los prestigios de la decisión, la honradez y sinceridad de propósitos. La representación de las minorías está garantida por la mecánica de la misma ley. La mayoría y la minoría tienen su campo de operaciones distinto y propio, sin invasiones ni usurpaciones, ni confusiones. La minoría de electores produce la minoría de elegidos, y entonces la representación nacional es la expresión intacta de la soberanía popular. El gobierno es de la mayoría, pero la representación produce la soberanía, que no es una fracción, sino una integridad.

Estos conceptos elementales, comprueban que la lista incompleta, sin ser la reforma perfecta, es la más honesta y próxima que se ha intentado, desde la fundación de la República.

Pero, señor presidente, yo no necesito ni debo discutir la técnica de los sistemas electorales ni detenerme en las ventajas y desventajas de su estructura, cuestiones tan familiares á la honorable Cámara. En materia electoral, la perfección ó un sistema consiste precisamente en la imperfección; en la necesidad de su renovación periódica, de romper los ínsos armazones, enderezar los procedimientos, garantizar los caminos, salvar invasiones, mejorar siem-

pre con sano y firme criterio. Nada importará, sin embargo, la perfección del mecanismo, si no concuerda el hombre que lo aplica y ejercita. Los mecanismos significan muy poco; los hombres significan todo.

En la observación de la vida general, la esperanza y la decepción son ondas de diverso color que inundan el espíritu, que pasan y que vuelven, que renacen y se pierden, se consolidan ó se extinguen. En mi optimismo me parece que todos los sistemas electorales son buenos; pesimista, me parece que todos son malos; y en las horas de excepticismo, que también suelen llegar, me parece que todos son inútiles.

Es que arriba de los sistemas está el hombre, que es la causa, la función y vida del sistema; el hombre tan movable, con sus pasiones, sus intereses y sus ideas, hasta que el trabajo lento de sedimento y acumulación, las presiones internas y externas, las convicciones y conveniencias, las necesidades y satisfacciones del ambiente, determinan la dirección consciente y regular y la acción fija y continua. Si apartamos impresiones, las ondas de color diverso, y nos detenemos en el análisis alto y tranquilo, todos los factores anuncian que en materia electoral la República marca su orientación persistente y su acción permanente. Quiere el sufragio libre, garantido en su aplicación y honrado en su ejercicio.

La prueba, como si quisiera concentrarse en este momento en un hecho de soberana elocuencia, ahí está en Santa Fe, que ofrece el más grande y noble espectáculo de la democracia. Nadie falta á la cita de las urnas. Todos están combatiendo virilmente por sus ideales; hasta el partido revolucionario, avanza al comicio sin más armas que su voto, con los alientos comunes de la fe y de la esperanza. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Prolongados aplausos en las bancas y en las galerías.*)

Es una hora de plena confianza en la preparación y verdad del sufragio; es un nuevo síntoma que revela la universalidad y vigor del anhelo argentino; y para que el síntoma se convierta en estado ordinario, en vida nacional, es indispensable la reforma electoral, la sanción de la lista incompleta, la que mejor se adapta á la sinceridad del propó-

sito y á la situación actual de los espíritus. Negar la sanción, sería mantener la protesta y cultivar la violencia.

La lista incompleta, por otra parte, significa el pensamiento generador y fundamental de la política del Poder ejecutivo. Al combatirla ó apoyarla, se marcan las tendencias y las fuerzas responsables ante el país, que han de caracterizar y deslindar las orientaciones futuras.

La reforma, es en resumen, una su-gestión y una imposición de la voluntad nacional; el resultado de una evolución política gradual é incontenible, que exige su tipo apropiado. No le bastan al país el vuelo de sus industrias, el ganado inmenso de sus campos, las espigas repletas que derraman sus caudales. Se sabe ahora fuerte y consciente, y quiere votar como elector soberano, ya, en esta altura del camino, sin postergaciones, ni substituciones, ni acomodos, ni simulaciones, las diversas formas de la comedia de cincuenta años, en que todos hemos sido actores y hemos sido víctimas. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Prolongados aplausos.*)

Se cuenta que en el antiguo Egipto, los santuarios estaban cubiertos por velos tejidos de oro. Cuando se penetraba al templo buscando la estatua divina, los sacerdotes se adelantaban con aire grave, y cantando himnos en lengua egipcia, levantaban apenas el velo para mostrar al dios venerado. ¿Y qué se veía? Un cocodrilo, una serpiente, cualquier animal feroz extendido sobre tapices de púrpura!

Y bien, señor presidente, yo voy á votar por la lista incompleta, con la esperanza de que cuando se levante el velo tejido de oro, que cubrirá la urna electoral, no divisemos al monstruo de cincuenta años extendido sobre tapices de púrpura. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! en las bancas. Aplausos en las galerías.*)

El pueblo de la República se prepara al comicio libre; está convencido y está seguro de que la promesa del candidato nunca será la mentira del presidente!

He dicho. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Prolongados aplausos. Numerosos diputados felicitan al orador.*)

Sr. Presidente—Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.